

EL OTRO PROUST

Lehrer, Jonah. *Proust Was a Neuroscientist*. Boston/New York: Mariner Books, 2008. 243 págs.

La contraportada de *Proust Was a Neuroscientist* de Jonah Lehrer advierte que el autor trabajó en el laboratorio neuro-científico del premio nobel Eric Kandel. Lehrer, especialista en esta disciplina, aborda en sus ensayos las analogías entre diversas expresiones artísticas y la ciencia, particularmente, entre la literatura y la neurología. Este libro, además de ser una obra de difusión que de modo ejemplar explica teorías científicas complejas en términos sencillos para un público no especializado, es un muestrario sugerente de la imposibilidad de reconciliar el cisma epistémico entre la ciencia y las artes. Apoyándose en la dicotomía de las dos culturas de C. P. Snow, Lehrer señala el abismo entre ambas: “Scientist and artist continue to describe the world in incommensurate languages” (pp. 190-191). Con base en este diagnóstico, las convergencias entre *fact* y *fiction* brindan las coordenadas con las que juega el autor a lo largo de sus ensayos:

We are made of art and science. We are such stuff as dreams are made on, but we also are stuff. We now know enough about the brain to realize that this mystery will always remain [...]. Science is seen through the optic of art, and art is interpreted in the light of science. The experiment and the poem complete each other. The mind is made whole” (p. X).

En las últimas dos décadas se registra una gran variedad de estudios que intentan aproximar ciencia y literatura. Aunque las relaciones entre ambos discursos son muy complejas, pueden distinguirse tres perspectivas diferentes. Por un lado, puede señalarse la presencia intertextual de las ciencias en las artes, lo que implica que la teoría científica precede al proceso artístico, por lo tanto, la obra de arte reelabora y transforma los elementos incorporados. En el caso inverso, el arte, sobre todo la literatura, puede anticipar de manera preteórica elementos claves de un discurso científico específico; de este modo, la obra de arte despliega un modelo, o una metáfora heurística para abstraer ideas científicas. Finalmente, desde la perspectiva de la exégesis de

la obra de arte, la ciencia contribuye a la construcción de herramientas de análisis.

En el caso de la medicina, particularmente en las ramas que investigan la conciencia y el inconsciente, pueden señalarse muchos caminos para entretrejer ambos lenguajes. Son sabidos el impacto del método experimental de Claude Bernard en la génesis del naturalismo y el papel fundamental que desempeñó el pensamiento romántico en Freud y Jung. Asimismo, los estudios de caso de Freud se leen como novelas cortas y se conoce su influencia en el surrealismo. Viceversa, la medicina, en un sentido amplio, ha servido como punto de partida para la crítica literaria; de ello son ejemplos las polémicas de los positivistas Max Nordau y Pompeyo Gener, que a finales del siglo XIX gozaron de gran popularidad aunque sus inectivas contra las artes resultan hoy día poco convincentes. Desde luego, deben mencionarse las vertientes de la crítica literaria inspiradas en el psicoanálisis a mediados del siglo XX; y, recientemente, la perspectiva neurológica como herramienta para el análisis del *fluir* de la conciencia en “textos fenomenológicos”.¹ Dentro de este panorama, que por mucho dista de agotar las posibles relaciones entre ambos discursos, ¿qué caminos proponen los ocho ensayos que constituyen *Proust Was a Neuroscientist*?

El corpus de los ensayos de Lehrer abarca mayoritariamente expresiones artísticas marcadas por la modernidad a principios del siglo XX. Esta modernidad expresa la secularización y la racionalización; las

obras de arte responden de manera particular a los impulsos de la ciencia incorporando ideas derivadas del paradigma científico. En esta dialéctica, los artistas “*tried to invent fictions that told the truth*” (p. VIII), para ello se acercan al estado del debate científico de su época y, según el autor, anticipan conocimientos que posteriormente adquieren científicidad. A partir de este vínculo entre los modelos científicos y la mediación de la realidad por medio del arte, Lehrer describe los contextos científicos-históricos de las creaciones artísticas y trae a colación, entre otras disciplinas, la neurociencia contemporánea. De este modo, enfoca elementos clave para conceptualizar literatura (Walt Whitman, George Eliot, Marcel Proust, Gertrude Stein y Virginia Woolf), arte culinario (Auguste Escoffier), pintura (Paul Cézanne) y música (Igor Stravinsky). Los ensayos abordan no sólo concepciones de la mente, sino también el funcionamiento de los sentidos (la vista, el gusto y el oído) y su representación en las artes. Por razones de brevedad limitaré mis comentarios sobre este complejo mosaico de experimentos científicos e historia del arte, a los capítulos que abordan la relación entre literatura y neurociencia.

En la poesía de Whitman, Lehrer rastrea la dicotomía mente-cuerpo para señalar el papel del organismo en la producción de sensaciones y sentimientos (p. 1). La desarticulación de esta dicotomía, es decir, el hecho de que la poesía de Whitman reivindique una continuidad entre mente y cuerpo, apunta más allá de las simplificaciones de los frenólogos y de sus modelos materialistas que reducen la actividad mental a la masa cerebral. Por ejemplo, el síndrome del miembro

¹ José Luis Díaz, “La conciencia narrativa: El texto fenomenológico.” *La conciencia viviente*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007. 457-490.

fantasma adquiere particular importancia porque representa una anomalía en el paradigma científico de la época. Los cuerpos dilacerados en la guerra civil se plasman en la poesía de Whitman. En este contexto, la sensación imaginaria de la existencia del miembro amputado es muestra de que la imaginación del cuerpo es más real que el cuerpo (p. 13) y viceversa su materialidad forma parte de la imaginación (p. 14). Con ello, Whitman es un precedente importante para las investigaciones de William James sobre los sentimientos que resultan de la interacción entre cuerpo y mente, una noción que corroborará la neurología (pp. 18-19).

Respecto de George Elliot, Lehrer afirma que la concepción de la sociedad en *Middlemarch* rompe con el determinismo del medio y de las coerciones de las leyes de la herencia, que ejercieron un enorme influjo en la narrativa y en las ciencias sociales del último tercio del siglo XIX (pp. 25-30). En el mismo capítulo y análogamente, Lehrer reconstruye el descubrimiento de la neuro-génesis que ocurre un siglo después, es decir, describe el falso presupuesto teórico de que las neuronas no se dividen para multiplicarse en el adulto (pp. 39-43). En un tercer paso, el autor relata el proyecto del desciframiento del ADN y señala el peligro de construir un nuevo determinismo a partir del conocimiento de la "narración" del código genético del ser humano. Sin embargo, al hablar de George Eliot Lehrer observa que el ADN, lejos de ser un código absolutamente transparente, depende como cualquier significante de la interpretación (p. 44), por lo que no se trata de un factor absolutamente determinante, sino que es la conciencia humana la que interpreta

este "tejido" genético: "*We emerge, characterlike, from the vague alphabet of our text*" (p. 46). Esta deshabilitación que se vale de analogías tomadas de los determinismos potenciales de la ciencia social victoriana, de la neurología y de la genética subraya, según el autor, la intuición de la novelista británica para defender la libertad del individuo. A pesar del carácter forzado de esta afirmación y del salto arbitrario entre las disciplinas y los momentos históricos, es válido hacer hincapié en los límites de cualquier teoría determinista, pues las teorías son reconstrucciones modélicas de una realidad hipotética. Así, los límites heurísticos de los modelos deterministas son cuestionados gracias a las excepciones de las reglas y estas irregularidades resaltan el carácter individual, la adaptabilidad espontánea de los seres y la irreductibilidad del ser humano a una fórmula empírica (p. 51).

El capítulo referente a Proust, llamado "*the honest chronicler of his own brain*" (p. 81), gira en torno a su teoría de la memoria y los procesos neurológicos que son similares. En un primer paso, se señala la influencia del filósofo Henri Bergson sobre Proust. La idea del literato acerca de la intuición y de una realidad ante todo espiritual se compara con el fragmento sobre el despliegue de la mente, la memoria y el yo, a partir de la apreciación multisensorial de la conocida galleta proustiana, la *madeleine*. Lehrer verifica el ejemplo de Proust desde la perspectiva neurocientífica: el gusto y el olfato tienen una estrecha relación con las emociones, una verificación de la anatomía cerebral posterior y, según el autor, intuita por el novelista francés (pp. 79-80). El segundo aspecto científico en la obra

de Proust es la construcción de la memoria individual. Esta memoria, sujeta a transformaciones en el tiempo que transcurre en la obra proustiana, encuentra la primera analogía científica en la teoría de Freud sobre el trauma que puede causar la elisión o la elaboración ficcional de recuerdos. En segundo lugar y en términos científicos, la memoria se genera mediante un cambio de conexión entre dos neuronas que establecen un contacto por encima del espacio sináptico (p. 83). Lehrer sugiere concebir este mecanismo como una metáfora para la elaboración constante de la obra magna por parte de Proust, como un palimpsesto en elaboración permanente, que simboliza la ficcionalidad de la memoria (pp. 87-88).

En el capítulo dedicado a la narrativa experimental de Virginia Woolf, Lehrer aborda las descripciones introspectivas de los constituyentes fragmentados del yo y su relación con el mundo exterior en el *fluir* de la conciencia. Esta descripción de la realidad construida por la mente es puesta en perspectiva por medio de teorías posteriores sobre el carácter procesal de las funciones mentales. Las operaciones de la conciencia se generan con base en la interrelación entre ambos hemisferios cerebrales; incluso pacientes que padecen la desarticulación fisiológica de ambos lados ("*split brain patients*") (pp. 178-179), construyen la realidad por medio de la asociación e interpretación de estímulos contradictorios en ambos hemisferios. Según Lehrer, este aspecto "constructivista" de los procesos mentales tiene una analogía en la ficcionalidad del yo (*self*) en la obra de Woolf (pp. 182-183). En la neurociencia y en el *fluir* de la conciencia de Woolf, este yo

es el centro de la percepción, concebida como la transmisión de un impulso por medio de la "coalición" (p. 183) entre dos neuronas. No obstante, sin la atención de este yo, la percepción no llega a penetrar la conciencia (p. 183). De este modo, el libro vuelve a la cuestión inicial sobre el problema cuerpo-mente; aunque la masa cerebral está constituida por billones de células eléctricas que operan de acuerdo con las leyes de la física, no existe realidad sin la mediación del yo: "*if the mechanical mind is denied the illusion of a self, if the machine lacks a ghost, then everything falls apart*" (pp. 184-185).

Los capítulos comentados son muestra del puente que Lehrer tiende en otros ensayos donde relaciona la música, la pintura o el arte culinario con fenómenos científicos. La oposición entre dichos fenómenos y la narraciones de experimentos en el laboratorio relacionan las lógicas de las ciencias exactas y las humanidades; el estudio de las operaciones de la mente y del lenguaje. ¿Se trata de una estrategia del neurocientífico para conectar dos neuronas todavía no relacionadas por encima del espacio sináptico para entrelazar un nuevo tejido argumental? Sin lugar a dudas, este método corre el peligro de brincar injustificadamente entre ámbitos inconexos y no es consistente en términos históricos y filológicos, pero tampoco lo pretende. El autor ubica de manera correcta las expresiones artísticas en el contexto histórico correspondiente para luego vincularlas con las ciencias actuales. Es precisamente esta licencia del ensayista la que estimula de manera polémica la posibilidad de relacionar ambas culturas.

A modo de conclusión, ¿fue Proust, entonces, un neurocientífico? La negación de la pregunta es obvia, y además sugerida por el aparente “impase” entre las dos culturas representado en los ensayos. Sin embargo, el libro pone sobre la mesa la cuestión de cómo relacionar

dos sistemas epistemológicos que surgieron en momentos históricos diferentes y, no obstante, emiten enunciados sobre el mismo objeto■

Christian Sperling